

“Sal de tu tierra... a la tierra que te mostraré”*



ualquier viaje es separación, iniciación y fundación. No hay un hombre, una mujer o un niño que, al dejar su tierra, no esté matizando la nostalgia con algún sueño con el lugar al cual se dirige.

Como Ulises en su travesía de heroicos deberes, de tormentosos encuentros con dioses y demonios, el exiliado corre el riesgo de ser Nádie y tiene que construir en cada momento su identidad. Siempre lo hará con lo que él es profundamente, con su memoria y sus ilusiones; más allá de la supervivencia asegurará un nuevo proyecto para su vida, armado con el legado de sus ancestros, con lo que uno u otro personaje real o ficticio le ha enseñado sobre el viaje y sobre el destino, sobre la pérdida, la separación y el encuentro con lo desconocido.

Quiero decir que cualquiera sean las condiciones del viaje, aún empujado por la miseria, expulsado por la violencia o por el miedo, uno se va a donde lo han llamado y toma la medida de lo que encuentra a partir de las raíces que otrora ha podido echar. Este es el valioso tesoro que cada uno lleva consigo a donde vaya, y por eso es grato recibir al forastero. Sus cuentos, sus experiencias son un poco como una novela; usa otras metáforas, habla de otros ríos, pueblos o montañas, inspira, revela y suscita el deseo de acogerlo, y más aún en el caso de estos extraños que llegan del mismo país, y nos dan acceso, con sus acentos y sus maneras de mover el cuerpo, a una identidad censurada por la historia. Además el extraño ex-

* Génesis 12, 1. *Biblia del peregrino*. Trad. Luis Alonso Schökel, Bilbao: Ediciones Mensajer, 1993.

Texto leído por la autora en el evento *Expedición por el Éxodo*, encuentro polifónico, realizado por el PNUD y Colombia en el Planeta, en Bogotá el 6 de septiembre del año 2002 en la Biblioteca Luis A. Arango.

plora con un ojo distinto la realidad que lo aco-
ge, critica y admira, es disponible e impacien-
te. Tiene la necesidad urgente de comprender,
de aprender, de sentirse útil y agradece a quien
lo guíe, quiere trabajar, acelerar el tiempo para
hacerse pronto un pasado donde recién llegó.
A falta de tierra propia se arraiga con intensi-
dad, se apega a una causa y busca en la fiesta,
en la comida, en el canto, en la complicidad el
espejismo del reconocimiento que ya no le con-
cede el territorio materno, el consuelo, la me-
moria del cuerpo, los chistes conocidos y el
sueño dulce de la niñez.

Pero en este nuevo andar, hay raíces que ha-
cen tropezar y entregas que se vuelven pesa-
das dependencias. Cuando pasa el tiempo de
la llegada y el viaje se transforma en estadía,
el exilio mezcla las ilusiones con los dolores
del duelo y de los errores cometidos.

Toda pérdida produce vulnerabilidad; el cuer-
po exige, la piel ya no siente como antes, se
 pierden los caminos de la sexualidad. La risa
 se reduce apenas a la sonrisa, lo bello se vuel-
 ve feo, se dan choques en la forma de salu-
 dar, de comer, de expresar los sentimientos, y
 en medio de tantos desafíos se puede llegar
 al silencio, a la indiferencia, a enfascarse en
 la melancolía o en el orgullo humillado, y
 pronto se despierta la desconfianza y la duda
 paranoica. Un hombre privado del oficio que
 le daba dignidad ya no se sentirá tan viril y
 se perderá en la violencia de los celos, del re-
 sentimiento o del alcohol, o se abandonará a
 la mendicidad y a la dependencia que des-
 afortunadamente alimentan los programas
 asistenciales. Para una mujer puede resultar
 menos difícil, ya que el cuidado de los hijos y
 los oficios de la casa la obligan a buscar rela-
 ciones con los demás. Pero, ¿cómo sostenerse
 al lado de un compañero derrumbado?

En este camino es preciso detenerse a distin-
guir lo que ofrece el nuevo lugar en cuanto a
 la dignidad, el proyecto de vida, la creativi-
 dad. Ver, más allá de la confusión del viaje
 decidido en apuros, cuál es la parte del de-
 seo de dejar aquel territorio perdido de ritos
 y consuelo, aquella comunidad de origen que
 quizás habrá tenido que rechazar por moti-
 vos personales; cuál es el margen deseado y
 posible del retorno, a qué lucha colectiva
 unirse para reconquistar el territorio perdi-
 do, para hacerlo presente dentro de lo ajeno,
 bien sea como memoria viva, parte de una
 nación engrandecida por su testimonio, bien
 sea para volver físicamente a él. Sólo con este
 ejercicio de preguntarse si algo propio, pro-
 fundo, lo llamó a ir a donde llegó, saldrá
 transformado, reconocido y digno, y podrá
 ser de aquí y de allá.

Nosotros que recibimos a los recién llega-
 dos, debemos tomar la medida, en nuestra
 rutina urbana, del esfuerzo profundo que
 nos corresponde para oírlos, sin acosarlos
 con indagatorias ni abrumarlos con imposi-
 bles promesas, un esfuerzo que nos obli-
 ga a desprendernos de los signos que aso-
 ciamos espontáneamente con ese otro: al-
 guno que viene a quitar algo, un enemi-
 go, un juez, alguien que sobra y estorba; co-
 rregir nuestro racismo espontáneo hacia lo
 diferente y acoger a un semejante más que
 hace presente una nación que descono-
 mos, un ser con historia propia; reconocer
 en él lo que muchas veces en nuestra pro-
 pia comunidad nos duele y nos impide ac-
 tuar, esta prevención contra el otro que nos
 hace, aquí mismo entre nosotros, tan disper-
 sos y poco solidarios, poco aptos para cons-
 truir un proyecto común, un pacto simbóli-
 co para convivir π

